

Los clásicos en el umbral del siglo XIV allende y aquende los Pirineos

ÁNGEL GÓMEZ MORENO*

Charles Homer Haskins, en su clásico libro *The Renaissance of the Twelfth Century*, abre su capítulo cuarto, en torno a los clásicos latinos (“The Revival of the Latin Classics”, pp. 93-126, aunque para la ocasión presente resulta indispensable la lectura de la obra completa), con una afirmación categórica que recojo aquí por cuanto la suscribo sin ambages (Cambridge: Harvard University Press, 1927, p. 93):

From the fall of the Roman Empire down well into modern times the Latin classics furnished the best barometer of the culture of each period in Western Europe. Never wholly lost from sight, their study rose and fell in close relation to the general level of education and intellectual activity.

Por supuesto, el célebre profesor de Historia y Ciencia Política de la Universidad de Harvard prestaba, lógico parece, una especial atención a los años de Carlomagno; desdénaba la para él *iron age* del siglo X, que cubría también gran parte del XI; y se fijaba, por fin, en las postrimerías de esta última centuria, en el siglo XII y, no se olvide, en gran parte del XIII, que nunca quedó, sino muy al contrario, al margen de su libro. En otros lugares, he recordado que, en puridad, ese fructífero período que se abre para España tras la victoria de las Navas, en sintonía con las diversas corrientes intelectuales de la Europa culta (cuyo espejo estaba en Francia), se ha de ver como una entre las muchas manifestaciones de dicho Prerrenacimiento. Curiosamente, los límites cronológicos de este trabajo coinciden con una nueva revitalización cultural: la que se deriva del esfuerzo de Dante y de algunos de sus coetáneos, como el afamado grupo de

* Universidad Complutense de Madrid

prehumanistas paduanos que floreció en el más temprano Trecento; son esos mismos años que, en la Corona de Aragón, nos traerán las figuras señeras de Arnaldo de Vilanova y Raimundo Lulio. Con la vista vuelta hacia la tierra de Castilla, nadie defiende ya esa marchita idea según la cual, con Sancho IV, las letras (aunque pensamos muy en particular en las vernáculos) languidecieron, frente a lo acontecido durante el reinado de su padre. Tradicionalmente, se ha apostado por una fase de vitalidad cultural, que coincidiría con los años de Alfonso X en España y con los últimos estertores del Prerrenacimiento del siglo XII por toda Europa; luego vendría esa otra fase de postración correspondiente al reinado de Sancho en Castilla y a los años en que la Escolástica y el enciclopedismo dominaban por doquier, justo antes de que tuviese lugar una nueva vuelta al mundo clásico por parte de ese grupo de juristas paduanos al que acabo de referirme; no obstante, no faltan manuales que parten todavía de los años de Petrarca al encarar las transformaciones culturales del Trecento. Ahora bien, la prudencia nos dice que es preciso evitar un hiato demasiado marcado en ese punto; la lógica invita, al contrario, a proceder a través de unas líneas evolutivas que, en España como en Europa, permitan comprender las transformaciones culturales acaecidas a lo largo del siglo XIV más avanzado.

Hoy, cuantos nos interesamos por la recuperación de los clásicos o estudiamos el Humanismo y el Renacimiento gustamos de aferrarnos a dicha idea de continuidad desde el cierre del mundo antiguo y la Alta Edad Media hasta alcanzar a los herederos de Petrarca; de ese modo, se prescinde de los cortes radicales más característicos de las viejas taxonomías. Pues bien, aunque de un modo muy diverso, ese mismo experimento se puede y debe llevar a cabo en España, aun a pesar de la profunda transformación acontecida al inicio del siglo XV, que, ajena en gran medida a sus raíces peninsulares, persigue sus fundamentos en tierra de Italia. Ni siquiera nos confunda el modo de plasmar esa idea: los hombres del Medievo se consideraban unos enanos a hombros de gigantes, con una imagen que logró propagarse gracias a Bernardo de Chartres en el siglo XII y que leemos una y otra vez en los grandes de la centuria (con no poca frecuencia dicha estampa se confunde con la prefiguración o tipología bíblica, de alegoría idéntica: el Nuevo Testamento monta a hombros del Viejo, lo que los menos avisados interpretan sistemáticamente como una representación de San Cristóbal con el Niño Jesús). Como José Antonio Maravall demostró en un apéndice a su magnífico libro *Antiguos y modernos. La idea de progreso en el desarrollo inicial de una sociedad* (“La imagen de enanos sobre hombros de gigantes: su crítica” [Madrid: Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966, pp. 588-592]), la idea no sólo perduró hasta el fin del Medievo, sino que todavía continuaba vigente en pleno siglo XVI. No nos debe extrañar que así sea, pues que en nada se aparta de los conceptos de *emulatio et imitatio veterum* tan del gusto de los humanistas. No se busquen en un motivo menor como ése razones para segregar unos de otros siglos; ahora bien, tampoco las procuremos en espacios más amplios, ya que en ellos se revelará aún con mayor claridad el hecho de que la recuperación de los clásicos dependió de un proceso de siglos y no del tesón exclusivo de los sabios italianos del Trecento.

La continuidad a la que me refiero se percibe de forma varia. En primer lugar, el desarrollo cultural europeo se muestra como tradición en sus diversos renacimientos o prerrenacimientos: ninguno de ellos surge *ex nihilo*; sólo el Trecento y en especial el Quattrocento se proclaman ajenos a los siglos previos, aun-

que ello diste sobremanera de la verdad. El esplendor cultural de los siglos XII y XIII no se comprende sin Aquisgrán y Carlomagno; del mismo modo, el temprano Renacimiento italiano ha de observarse a la luz que arroja el ‘Siglo de las Universidades’ y sin perder de vista en ningún momento ese siglo IX al que acude, sin saberlo, en busca de testimonios clásicos. De paso, aquellas que ellos tenían por copias clásicas infundieron vida a la letra humanística (al respecto, los trabajos más relevantes son aún los de Berthold L. Ullman y en particular su *The Origin and Development of the Humanistic Script*, Roma: Edizioni di Storia e Letteratura, 1960, que atiende a Poggio Bracciolini de modo primordial). Las novedades filológicas que se perciben en ambos prerrenacimientos y la recuperación de textos antiguos no lograrían conmover las raíces culturales del Medioevo hasta mucho más tarde. Aún en los años de Alfonso X y de Sancho IV, Europa vivía de los réditos siempre seguros que se derivaban de los *transmisores del mundo clásico* o *fundadores de la Edad Media*, en una denominación que debemos a Edward Kennard Rand (*Founders of the Middle Ages*, Nueva York: Dover Publications, 1957 [1928]) y que todos hemos aceptado unánimemente gracias a Ernst Robert Curtius (en su *Literatura europea y Edad Media Latina* [Méjico y Madrid: FCE, 1955], desde la cita en p. 43 en adelante).

La nómina crecerá rápidamente durante el siglo XV, pero esos son todavía los años en que imperan (y seguirán vigentes con el Humanismo más maduro) San Jerónimo, San Agustín, Paulo Orosio, Boecio (el “último romano” y clave para que en la Alta Edad Media se conozca a Aristóteles) o los grandes comentaristas: Servio y los dos Donatos, siempre junto a Macrobio; junto a ellos vienen también Venancio Fortunato, San Gregorio Magno y San Ambrosio (que forman con los dos susodichos el grupo de cuatro santos doctores latinos de la Iglesia desde el siglo VIII y a los que San Isidoro sólo se unirá en 1722). De Marciano Capela, C. Leonardi, en un ambicioso artículo (*Aevum*, 33 [1959], pp. 443-489, y 34 [1960], pp. 1-99 y 411-524, que posteriormente se publicó en forma de libro), llega a enumerar nada menos que 241 manuscritos, aunque su *De nuptiis* no se dejará ver tan fácilmente en el Bajo Medioevo como cuando, años más tarde, se convierta en exitoso incunabile. Esta nómina se cierra con Eusebio y con Prudencio.

El límite entre la Antigüedad y el Medioevo lo establecen, como ha querido la tradición erudita, San Gregorio de Tours y San Isidoro de Sevilla, fronteras del siglo VII; otros cuantos hay que se refieren a un Prerrenacimiento Isidoriano como el primero del Medioevo, y dejan así a la Antigüedad tardía el intento más madrugador por recuperar a los clásicos, entre el cierre del siglo IV y el comienzo del VI. El siguiente paso nos lleva hasta los sabios reunidos en torno a la corte de Carlomagno, quienes lanzaron su mirada al pasado con la clara intención de sacar provecho de los grandes logros del hombre clásico: su letra, la llamada carolina o carolingia, es una imitación de la clásica tras apartarse de las escrituras nacionales; su poesía resultaba de corte abiertamente clasicista; en fin, cautivados por la Antigüedad greco-latina (al respecto, conviene recordar su labor de recuperación de la cultura helénica) gustarán incluso de darse sobrenombres o apodos de personajes clásicos por ellos admirados, conocidos o no: de ese modo, Alcuino aparece como “Horacio” o, más comúnmente, “Flaco”; Angilberto, como “Homero”; Teodulfo, el más rebuscado con mucho, será “Píndaro”.

Volquémonos en el Prerrenacimiento del siglo XII y sus últimos momentos de acuerdo con la cronología al uso, justo por los años que llevan desde Alfonso X a su hijo Sancho. Porque pretendemos saber en qué estado se encontraban los clásicos a finales del siglo, es ineludible la consulta del conjunto de prefacios agavillados y concienzudamente revisados por L. D. Reynolds y su equipo en *Texts and Transmission. A Survey of the Latin Classics* (Oxford: Clarendon Press, 1983), donde se reúne un total de 134 tradiciones manuscritas de obras clásicas, cuyo punto de arranque se sitúa por lo general en el mítico año de la coronación de Carlomagno como Emperador; sobre esta *renovatio* (tras los siglos más oscuros, a los que atiende E. A. Lowe en *Codices Latini Antiquiores*), Reynolds deja caer una significativa frase en su introducción, que retoma una y otra vez (p. XIV):

The way in which the classical tradition expands from about the year 800, growing in richness and volume with each succeeding century, is illustrated again and again by the articles in this book.

Que la crisis cultural de los tiempos que siguieron es algo más que una falacia se muestra en los *stemma* recogidos en este libro, que permiten ver con claridad extrema los avances en la recuperación de los clásicos latinos. Ese proceso es imparable, pero pasa por fases de decadencia; si tomamos en consideración el conjunto de los 1.700 manuscritos a que alude Reynolds, la distribución cronológica habla por sí sola:

IX	X	XI	XII	XIII	XIV	XV
290	150	230	280	140	90	420

Así pues, el siglo X, post-carolingio, parece corresponder verdaderamente a una fase de decaimiento, algo que cabe decir también del siglo XIII, sin falsear un solo punto las ideas heredadas; la sorpresa surge cuando se percibe que a lo largo del siglo XIV, el mítico Trecento, el número de testigos textuales se hunde de veras si se compara con la centuria previa. Aunque el libro de Reynolds, como todo *stemma*, olvida los códices pertenecientes a las ramas más altas (invertido el árbol como es tradicional), lo cierto es que el panorama tampoco cambiaría demasiado si llevásemos a cabo recensiones exhaustivas; eso sí, tendríamos legiones de códices cuatrocentistas. No obstante, resulta curioso el contraste de dichos datos con los extraídos de una revisión del *Catálogo de los manuscritos clásicos latinos existentes en España* compilado por Lisardo Rubio (Madrid: Universidad Complutense, 1984); ahí, de un total de 735 manuscritos peninsulares entre el Alto Medievo y la era moderna, nada menos que 206 (o lo que es lo mismo, no lejos del tercio de los testimonios) pertenecen a los siglos críticos; en esta ocasión, además, la cifra de copias del siglo XIV, a diferencia de lo visto antes, casi dobla a las del siglo XIII (69 frente a 137, en total). El resultado se antoja paradójico para quien espera ratificar la esterilidad de esa centuria media, entre el dinámico siglo XIII español y un siglo XV en el que se sentirán los frutos del Trecento italiano (para contactos más tempranos, menos raros en la Corona de Aragón, conviene acudir a mi *España y la Italia de los humanistas: primeros ecos*, Madrid: Gredos, 1995).

Por supuesto, este cómputo no tiene en cuenta el hecho de que muchos de los manuscritos catalogados han llegado a España en fecha tardía, como es el caso de aquella sección de los códices de la catedral de Toledo que provienen de la Biblioteca del cardenal Zelada; la estimación ignora igualmente el hecho de que, a falta de datos precisos, la datación de copias ejecutadas en esa centuria no es tarea fácil (en literatura vernácula, es curiosa la tendencia a fechar en los siglos que caen a sus extremos, XIII o XV, manuscritos que no pueden ser más que del siglo XIV, tal como me dicta la experiencia de trece años de trabajo con *BOOST*, *Bibliography of Old Spanish Texts*, o *BETA*, *Bibliografía Española de Textos Antiguos*, proyecto en el que Charles B. Faulhaber y yo seguimos trabajando juntos). No obstante, el resultado no puede resultar más aleccionador para el estudioso, toda vez que comprueba el alto grado de difusión de los clásicos latinos en toda la Península (no sólo en la corona de Aragón) años antes de que la dinastía Trastámara se hiciese con las riendas de Castilla.

La abundancia de manuscritos es innegable al venir al siglo XIII, época en que surgen las primeras bibliotecas privadas de Europa (a la cabeza de las cuales está la del polifacético y prolijo Richard de Fournival, del que conocemos su catálogo: la así llamada *Biblionomia*); entre la centuria previa y ésta, ha comenzado a cuajar la moda cultural en ciertas cortes reales y nobiliarias, aunque sólo asistamos a una verdadera expansión en este terreno un par de siglos después. Ahí, y en los cenobios, se ha constituido un verdadero canon, representado por un puñado de autores antiguos e incontables citas traídas a *florilegia* que no faltarán en adelante. Para saber cuáles son esos libros en los que debe fijar su atención el estudioso de dicho período, no hemos de revisar ni las *auctoritates* de Conrado de Hirsau (siglo XII) ni las de Eberardo el Alemán (éstas ya del siglo XIII), que sólo nos sirven al encarar la obra de intelectuales excepcionales, como Juan de Salisbury. Es más, la extensa lista de Eberardo, con treinta y siete entradas, hemos de considerarla como un *desideratum* que no atañe más que a un puñado de eruditos; eso por no aludir al *Registrum multorum auctorum* de Hugo de Trimberg (1280), que tan sólo en poetas llega al número de ochenta.

Los cánones de lectura que vemos en Curtius, anteriores al Siglo de las Universidades, no me dejan satisfecho; por ello, prefiero hacerme uno propio, previo a la revolución humanística y plenamente vigente en el momento que nos interesa. En él, Ovidio destaca en especial, lo que tradicionalmente ha permitido aludir a una *aetas ovidiana*. Es Ovidio a quien observan de cerca los autores de comedias elegíacas y otros inspirados poetas de los siglos XII y XIII. Para bien o para mal, Ovidio estará en la boca de cuantos hayan pasado por las aulas, captando forofos como el Arcipreste de Hita y detractores como el cada vez más conocido canonista Martín Pérez, según se desprende del modelo de confesión para profesores de Literatura, comúnmente llamados *auctoristae*, de su delicioso y aún inédito *Libro de las confesiones*, compuesto entre 1312 y 1317 (ahora sí es de esperar una inminente edición de la obra, según se desprende de Antonio García y García, Francisco Cantelar y Bernardo Alonso, “El *Libro de las confesiones* de Martín Pérez”, *Revista Española de Derecho Canónico*, 49 [1992], pp. 77-129; el epítome de esa obra, titulado *Confesión general*, verá también la luz en breve en edición de Hélène Thieulin Pardo, según el anuncio “Les Manuels de Confession en

Castille au XIV^e et au XV^e siècle”, publicado en *Atalaya. Études de littérature, d'historiographie et de philosophie castillanes*, 4 [1993], pp. 226-232):

Demanda si leyó libros de amores malos e suzios, e libros de mentiras e de caçorrías, ca todos son vedados [...] ca meten en el corazón de los escolares amores malos e carnales con ellos, assí como *Ovidio mayor, De arte amandi, Panfilio* e otros libros que leyen de mentiras.

¿Qué otros libros leían los europeos cultos a finales del siglo XIII y comienzos del siglo XIV? Rarezas aparte, el canon de ese momento oscilaba entre los diez y los veinte autores, con muy pocas diferencias por toda Europa. Veinte son los autores que cita el *Livre de philosophie et de moralité* de Alard de Cambrai (autor de la primera mitad del siglo XIII), en una enumeración donde me sorprende únicamente una cita de Persio (aunque sus testimonios abundan desde el siglo IX) y Diógenes (a quien debemos identificar con el exitoso, en pleno siglo XV, Diógenes Laercio); no deja de extrañarme tampoco la alusión a Juvenal o a Horacio, autores que sólo lograron imponerse hacia el final del siglo XV. La inclusión de Sócrates como *auctoritas* en esa nómina no merece mayores comentarios ni para aquellos tiempos ni para los nuestros. El estado de cosas se corresponde plenamente con el panorama que estoy dibujando; al efecto, Curtius puede llamarnos a engaño cuando afirma (*op. cit.*, p. 85):

A partir del siglo XII, el triunfal avance de la Dialéctica (ahora llamada Lógica) y la rebelión de la juventud contra la enseñanza tradicional pone en peligro el predominio de los *auctores*.

A poco, Étienne Gilson volvía por esa misma senda en su monumental aproximación al pensamiento del Medievo, *La Filosofía en la Edad Media. Desde los orígenes patrísticos hasta el fin del siglo XIV* (cuyo original francés es de 1952, con traducción española de 1958 de la que extraigo la cita [Madrid: Gredos, 1965², p. 375]):

Es verdad que en el siglo XIII no desaparecen por completo el antiguo saber ni el estudio de las Letras; pero quedan como ahogados por la filosofía y la teología escolásticas. Se dejan oír algunas protestas que, sin embargo, no encuentran eco. La más vigorosa es la de Rogerio Bacon.

Aunque documentada en tamañas autoridades, la idea tiene mucho de heredada, pues los clásicos no fenecieron al entrar en contacto con la Escolástica sino que, al contrario, convivieron en un matrimonio no menos avenido que otros. Y así fue en el siglo XIII, en el XIV, el XV e incluso en el siglo XVI, pues las transformaciones culturales inducidas por los humanistas no supusieron el rechazo del neo-aristotelismo en las facultades ni aun a esas alturas (sobre todo ello, he tratado en mi libro *España y la Italia de los humanistas: primeros ecos*, antes citado, y a dicho asunto dedicaré un capítulo completo en la segunda entrega de esa investigación: *España y la Italia de los humanistas: otras huellas tempranas*).

El canon de *auctoritates* no murió, ni siquiera perdió su vigor en el siglo XIII: perduró, se fortaleció y llegó a tener una función muy parecida a la de

los programas oficiales de nuestras universidades (la Complutense los publica de vez en cuando), en que se prescriben unas lecturas determinadas para cada asignatura. Al contrario, desde finales del siglo XIII, la enseñanza fundamental logró diseñar uno de esos programas, que permaneció relativamente estable hasta el final del siglo XV: en la base se hallaba el *Ars minor* de Donato y sus preguntas y respuestas para principiantes, memorizadas por lo general; después, había que hincar el diente al *Ars maior* del mismo y a la *Institutio grammatica* de Prisciano; con ellos, se estudiaba a Quintiliano en una fragmentaria *Institutio oratoria* (aquí nos interesa tan sólo el primer Quintiliano, lejos aún de 1416, año de feliz memoria en que se encontró el códice que contenía la obra tal como hoy la conocemos). Sólo el final de siglo vería las nuevas gramáticas de Alejandro de Villedieu (autoridad en Europa hasta el mismísimo siglo XVI a pesar de Valla) o Ebrardo de Béthune (escrito en el inolvidable año de 1212). La nómina de los clásicos leídos en la escuela (una vez decorados los inevitables *Disticha Catonis*, las *Fabulae* de Aviano y las *Eclogae* de Teodulo) se reduce a los llamados *auctores octo* en porciones perfectamente digeribles para el joven estudiante. Pasemos ahora revista a los clásicos *sine quibus non*, esos que un especialista en la literatura de finales del siglo XIII e inicios del siglo XV debería conocer de forma profunda.

Es una pena que mi amigo Charles B. Faulhaber se despache con un genérico clásicos en los índices a *Libros y bibliotecas en la España medieval. Una bibliografía de fuentes impresas* (Londres: Grant & Cutler, 1987); una serie de entradas más detalladas habría ayudado sobremanera para conocer mejor la situación en la Península Ibérica, por encima de los testimonios conservados y de las citas en distintos autores, que nos resultan tan valiosas como insuficientes. Un canon ajustado a la realidad cultural europea en los años que me interesan vendría a corresponderse con este decálogo fundamental (la nómina que sigue vale también para España):

1) Aunque se trata de un post-clásico, en primer lugar viene Donato, con sus citadas *Artes*.

2) A pesar de su condición de espurio, le sigue Catón con sus *Disticha*, decorados por todo estudiante y vertidos muy pronto a las diferentes lenguas vernáculas.

3) Es el turno para las obras del Cicerón retórico, con el *De inventione* o *Rhetorica vetus* y la atribuida *Rhetorica ad Herennium* o *Rhetorica nova*; el epistológrafo, tanto en *Atticum* como en las *familiares*, es fenómeno propio del siglo XIV más avanzado (y está ligado a la biografía de Petrarca en no sé cuántos lugares), algo que acontece en parte con las *orationes*. Sus tratados de lógica y filosofía, como los *Topica*, el *Somnium* y las *Paradoxa* eran de uso obligado entre escolares desde antiguo; a partir de entonces, se leerán cada vez con mayor frecuencia el *De amicitia* o *Laelius*, el *De senectute* o *Cato maior* y el *De officiis*, título este último que atraerá en especial al humanismo vernáculo en el siglo XV, aunque hay ejemplos de traducción para cada una de las obras indicadas en distintos puntos de Europa (también en España, fuera de los *Topica* y el *Somnium*, aunque incluso he conseguido descubrir un romanceamiento de las *Familiares*, pieza que nos faltaba y de la que pude dar noticia en mi “Manuscritos medievales de la colección San Román (RAH)”, *Homenaje a José Simón Díaz* [Kassel: Edition Reichenberger, 1987], pp. 321-

328 [327]). De todos modos, el Cicerón vernáculo, aunque cuente con no pocos ejemplos madrugadores, es un fenómeno europeo cuatrocentista.

4) De Ovidio hubo textos conocidos por pocos hasta el final del Medievo, como el *Ibis*, familiar sólo al círculo paduano, a un Lovato Lovati o a un Geremia da Montagnone, cuyo *Compendium* tiene también a Marcial, las *Odae* de Horacio o Séneca en sus *Tragedias* (sobre la fortuna de Geremia en España, acúdase a mi *España y la Italia de los humanistas*, *op. cit.*, pp. 37-38]). Por lo demás, no hace falta repetir lo archisabido: que el conocimiento del Ovidio de las *Heroidas*, el *Ars amatoria* y los *Remedia Amoris* fue general entre los hombres cultos de todo el Medievo al lado de numerosos escritos pseudo-ovidianos de materia erótica (la primera traducción íntegra al castellano, si bien algunas piezas romanceadas gozaban de fama desde época alfonsí, es el *Bursario* de Juan Rodríguez del Padrón). Sobre las *Metamorfosis*, comúnmente conocidas como *Libro de las transformaciones* u *Ovidio mayor*, es imposible añadir nada que no se sepa.

5) Virgilio penetra con fuerza desde el más temprano Medievo por medio de la tríada literaria de la *Rota*, perfilada ya dentro de la *Rhetorica ad Herennium*; al poeta mantuano se le habían adherido previamente varios textos espurios que iría arrastrando a lo largo de los siglos. Propios o ajenos, la obra de Virgilio se acompañaba de los obligados comentarios de Donato y Servio y de las reveladoras *Vitae Vergilii*, quintaesencia del *accessus* medieval. Virgilio es el príncipe del Prerrenacimiento Carolingio, período en el que tiene la corona indiscutible y que ha permitido su denominación de *aetas vergiliana*.

6) Séneca es rarísimo como autor dramático, pues desaparece en el siglo XI y retorna como un feliz hallazgo de Lovato Lovati para triunfar por fin en pleno siglo XV, época en que se adueña de toda Europa; sus *Tratados*, elogiados por el propio Rogerio Bacon junto a las *Epistulae ad Lucilium*, disfrutaron de tempranos romanceamientos (en Castilla, hay versión vernácula del *De ira* de los años de Sancho IV, único tratado romanceado antes de Alfonso de Cartagena); son cada vez más conocidas las ya citadas *Epistulae*, sus *Questiones naturales* y los *Proverbios*, tanto los auténticos como los claramente espurios (así el amplio grupo en torno a la caballería recogido en múltiples copias cuatrocentistas, en latín y en romance).

7) Comienza a brillar con fulgor especialmente poderoso la galería de personajes ilustres de Suetonio, cuyas semblanzas nos harán guiños desde una gran variedad de lecturas. A la vez, este clásico dará inusitadas fuerzas a todas esas colecciones biográficas que abundarán más y más en Europa desde el final del Trecento; la vuelta a las lenguas vernáculas de Suetonio habrá de esperar, no obstante, al Quattrocento.

8) Lucano es deglutido como modelo de historiógrafo en verso y no como poeta, pues su *Farsalia* trata materia *de realitate* y no observa las reglas de la ficción poética, únicas que distinguen al poeta de los demás escritores. En España, la empresa literaria de Alfonso X el Sabio fue determinante para que este clásico hispano gozase de una amplia difusión en lengua vernácula.

9) Terencio es leído por doquier, aunque como moralista y no como autor de teatro (véanse el puñado de referencias de época y varias fichas modernas sobre la recepción del cómico en mi trabajo *El teatro castellano medieval en su marco románico*, Madrid: Taurus [Colección Persiles, 203], 1991); sin embargo, muchos sólo conocían citas sueltas de este autor extraídas de

entre las muchas que reúne la *Gramática* de Prisciano. Por lo que a Plauto respecta, cabe decir que sólo por estos años comenzaba a ser algo más que un nombre (al respecto, recuérdese que décadas atrás ni siquiera lo conocían los autores de comedias elegíacas de los siglos XII y XIII).

10) Otros autores que aglutino en una sola entrada eran mucho menos conocidos, como el preciado Frontino de los *Stratagemata* (al respecto, acúdase a mi “Frontino medieval, una vez más”, *Revista de Filología Española*, 70 [1990], pp. 167-171). Aunque cada vez había más códices de sus respectivas obras, Salustio, Horacio, Juvenal o Persio (de enorme importancia para el siglo XII, como recuerdan L. D. Reynolds y N. G. Wilson en *Scribes & Scholars. A Guide to the Transmission of Greek & Latin Literature*, Oxford: University Press, 1974²) sólo incrementarán el número de sus lectores en los años del Medievo tardío; mucho más raros aún o desconocidos por completo son Varrón, Tito Livio (de hecho, sólo Petrarca consiguió resucitarlo), Marcial, Aulo Gelio y otros como Plinio, autor éste especialmente cotizado en el tránsito del Medievo al Renacimiento; la *Institutio* de Quintiliano, como he indicado antes, no fue degustada en versión íntegra ni siquiera conocida fuera de círculos muy limitados hasta mediados del siglo XV; un clásico célebre desde pronto aunque con fortuna desigual es Estacio; César resultaba de lo más familiar, pero casi siempre a través de Suetonio y Lucano, cuando no, ya al inicio del siglo XIII, por medio de los *Gesta romanorum* (que parten de la *Farsalia* y presentan dosis del *Bellum Civile*); no debe llamar la atención, ya que encaja perfectamente en el calendario cultural de Europa, que el primer romanceamiento de César tenga que esperar hasta el siglo XV.

Desconocidos aún para el lector culto son Catulo, Tibulo, Propercio, Tácito, Valerio Máximo, Petronio o Lucrecio, entre otros (Reynolds y Wilson indican que la pista del último autor se pierde desde el siglo IX hasta el Renacimiento, aunque fuese familiar para Lovato Lovati por los años que aquí interesan); para ellos tendrá que pasar todavía casi un par de siglos hasta que logren una amplia difusión. Aparte, no hemos de olvidarnos de los clásicos filtrados por la literatura romance (materia de Roma), las enciclopedias del período e incluso los importantes pseudo-clásicos, a la manera de un Dares, un Dictis o la *Ilias latina* (con la leyenda de Troya) y la *Historia de preliis* (con la de Alejandro). Dejo a un lado, por cuanto lo que estamos tratando de esbozar es un canon, el incipiente helenismo del siglo XIII, afanado en el retorno del Filósofo a través de Grosseteste, Bacon o Moerbeke; todavía habrá que aguardar una larga centuria para que el griego inicie su definitivo retorno a Europa; silencio de idéntico modo el platonismo de Chartres, los estudios del *Timeo* de Calcidio o la pervivencia y revisión del mito del poeta visionario en el *Fedro*. Al cierre, me centraré sólo en un fenómeno característico del momento: las recopilaciones de citas o, propiamente, sentencias extraídas de obras clásicas, los que hemos dado en denominar *manipuli florum*, que no se han de considerar como un síntoma de debilidad cultural sino al contrario.

Las colecciones de aforismos que se forman a partir de esos años no son sólo características de un espíritu medieval: mi libro en torno al Humanismo lo demuestra; ahora, recomiendo leer un complemento magnífico en el artículo de Sagrario López Pozas, para impresos, incunables o post-incunables (“Florilegios, polyantheas, repertorios de sentencias y lugares comunes. Aproximación bibliográfica”, *Criticón*, 49 [1990], pp. 61-76), y recordar tam-

bién los manuscritos de *excerptae* con los que se ayudaban los eruditos del Renacimiento, aunque las raíces del fenómeno debamos buscarlas en el siglo XII. Si se me permite volver a un ejemplo previo, quiero recordar que las *vitae* de los grandes hombres del mundo antiguo al modo de Walter Burley no eran productos añejos sino que coincidían con un modelo clásico, el de Suetonio, y volvían la vista hacia la distante y admirada Grecia. La dependencia de la Antigüedad resulta ser mucho mayor de lo que pueda sospecharse: incluso allí donde Burley hace un filósofo de Orfeo debemos prescindir de la *naïveté* medieval y perseguir una tradición que invitaba a pensar así, con eruditos tan antiguos como Eupólemo, del siglo II antes de Cristo, quien ya lo había convertido en un discípulo de Moisés. A Burley se le debe mucho de lo que, sobre los antiguos, saben o confunden los hombres de los siglos XIV, XV y aun XVI. Cuidado, por tanto, a la hora de revisar estos materiales con prejuicios que carecen de cualquier fundamento.

Ni siquiera tiene sentido buscar una lectura diferente de los clásicos entre los hombres del siglo XIII: el *Planeta* de Diego García de Campos da infinitas muestras de esa modernidad a que me refiero; tras él, tanto Juan Gil de Zamora como, a ratos, el propio Alfonso X el Sabio podrán sorprendernos por su uso de los clásicos en modo que no los distingue de los contemporáneos de Dante cuando no de ciertos humanistas del Trecento e incluso del Quattrocento. Lo que, creo yo, diferencia más a los hombres de los siglos XIV y XV es que su nómina de clásicos es distinta al haberse recuperado nuevos autores y obras gracias a la labor de los exploradores de libros. Los clásicos son para el público de estas centurias (como se dice con harta insistencia) autoridades científicas, filosóficas, teológicas y retóricas infalibles; mas, ¿qué es lo que cambia en el siglo XIV o en el siglo XV? La lectura moral de los grandes autores sigue siendo la norma igualmente entre los humanistas desde el Trecento: Petrarca lee a Virgilio en clave moral y alegórica, como deducimos al revisar sus anotaciones personales al códice que poseía de la *Primera Bucólica*, adonde no destacan precisamente los comentarios filológicos y arqueológicos que cabría esperar.

Hemos de matizar la opinión de cuantos mantienen que la aproximación a la Antigüedad, entre los humanistas, seguía indefectiblemente cauces estéticos o eruditos y filológicos (una receta de la admirada María Rosa Lida de Malkiel, *Juan de Mena, poeta del prerrenacimiento español*, Méjico: El Colegio de México, 1950, que ha inducido a error con harta frecuencia a estudiosos poco avezados); por supuesto, leer a los clásicos desde una óptica moral fue característico de los años que interesan en esta aproximación: es la época del *Ovide moralisé* (ca. 1300) en 72.000 octosílabos, paradigmático de esa prolongada *aetas ovidiana*, que ocupa los siglos XII al XIV: moralizan las *Metamorfosis* de Ovidio tanto Arnoul de Orléans como Jean de Garlande en el siglo XIII, Pierre Bersuire lo hará en la primera mitad del siglo XIV, pero también Francesc Allegre en la segunda del siglo XV. Es muy sintomático que, por los años de Allegre, triunfasen también en Francia las prosificaciones del viejo *Ovide moralisé*, una de las cuales vio la luz en forma impresa en 1484: son las *Métamorphoses d'Ovide moralisées*, impresas por Colard Mansion en 1484, obra que hermana, de un modo llamativo, la glosa moralizante de Bersuire al *Ovide* de ca. 1300, en donde se había suprimido. La fortuna de esta moralización se manifiesta por sus sucesivas ediciones incunables y postincu-

nables (consúltese el magnífico artículo de R. Levine, “Exploiting Ovide: Medieval Allegorizations of the *Metamorphoses*”, *Medioevo Romanzo*, 14 [1989], pp. 197-213).

Queda claro, por tanto, que, hasta entre los grandes humanistas, los clásicos no sólo ofrecían un placer estético o cultural; muy al contrario, valían también para ayudar a ordenar su vida y la de sus lectores. Así las cosas, ni en ese punto cabrá perseguir una debilidad manifiesta por parte de los hombres que vivieron en los cerca de cien años que median entre el ocaso del Prerrenacimiento del siglo XII (hacia la mitad de la centuria siguiente, siempre con la cronología de Haskins) y la época de Petrarca. Lo dicho aquí vale por igual para las literaturas latina y vernácula (repasemos con la memoria fechas y nombres y concluiremos que ésta es una verdad que no admite discusión), incluida la castellana; en ella no segregaremos con violencia, como hasta hace bien poco, los años que van de la coronación de Sancho IV (1284) a la muerte de Fernando IV el Emplazado (1312) de la fructífera era cultural de Fernando III y Alfonso X, por una parte, y Alfonso XI y los primeros Trastámaras por otra (vale decir, la nómina de grandes autores que comienza con Don Juan Manuel y el Arcipreste de Hita).